

## LA PRINCESA PAPANTZIN.

*Et lux in tenebris lucet.*

### I

#### *Introduccion.*

De pueblos humildes y grandes naciones  
Que llenan, mezclados, la faz de la tierra,  
Y al yugo se inclinan ó encienden la guerra,  
Escrito en los cielos el término está.

Y cuando se acerca—la historia lo dice—  
Anuncian su adverso destino futuro  
Presagios, visiones, los signos del muro,  
La tierra temblando, saliéndose el mar.

En medio de agüeros de gran desventura,  
Dios quiso á la azteca gentil monarquía  
Con raro portento mostrar cierto día,  
Si bien entre sombras, la luz de la fé.

Sacó del sepulcro discreta princesa  
Que á reyes y plebe contó lo que ha visto;  
Con ello el apóstol primero de Cristo  
En estas regiones de América fué.

Los hombres perecen, los pueblos acaban;  
De grandes sucesos jamas la memoria:  
Del mar del olvido les hace la historia,  
Cual arca cerrada, las olas surcar.

Testigos, pinturas el caso acreditan  
Que sirve de asunto á aquestos cantares;  
Si tú de escucharlos, por dicha, gustares,  
Acaso te ofrezcan leccion y solaz.

## II

*Primeros presagios.—Consultas hechas por el monarca.*

Con tristeza y temor desconocido,  
De su palacio en lóbrego aposento,  
Moctezuma Segundo en los presagios  
Medita que amenazan al imperio.

Sucesor de Ahuitzotl, llevó sus armas  
Contra los de Amatlan remotos pueblos,  
Y al encumbrar un escarpado monte  
En su camino, temporal deshecho

Cerró sobre sus huestes numerosas,  
Envolviendo la nieve á los guerreros  
En cándido sudario que les cuaja  
La sangre toda en los desnudos miembros;

Y los que el golpe destructor esquivan  
De altos sabinos, seculares cedros  
Por el recio huracan allí arrancados,  
En combates sin gloria perecieron.

De vuelta el rey á la ciudad, estalla  
En la noche, sin causa, raro incendio  
Que las dos altas separadas torres  
Del templo principal devora á un tiempo.

Las aguas de los lagos otro día,  
Sin terremoto, tempestad ni viento,  
Con ímpetu terrible se agitaron  
Por el campo feraz dejando el lecho;

Y al llegar á las próximas aldeas  
Y de Tenoxtitlan al mismo centro,  
Asustan á la gente, habitaciones

De frágil estructura echando al suelo.

No están de la afliccion que esto les causa  
Los apocados ánimos repuestos,  
Y en la region del aire hombres armados  
Combatir y matarse todos vieron.

Y al general terror prestando creces,  
Tendió su cauda por el ancho cielo  
Corva y estensa, fúlgido cometa,  
De futuras desdichas signo cierto.

Al rey de Acolhuacan Nezahualpili,  
De la ciencia versado en los misterios,  
Acude Moctezuma y con él tiene  
Pláticas dilatadas en secreto.

De Nezahualcóyotl el hijo ilustre,  
Tras reflexion y cálculos sin cuento,  
Le dice que los males anunciados  
Por serie de presagios tan siniestros

Principio han de tener en la venida  
De estraños en tropel á este hemisferio,  
Cosa que á Moctezuma desagrada  
Y á la cual se resiste á dar asenso.

Fin para señalar á sus disputas,

Por más que nos admire, convinieron  
En jugar al balon y que el vencido  
Del otro á la opinion quede sujeto.

Ganó Nezahualpili, y Moctezuma,  
Presa de sin igual desasosiego,  
De un astrólogo anciano muy famoso,  
Cuyo saber admira todo el reino,

El parecerpreciado al punto inquiere;  
Y, sin temor alguno, franco y recto,  
Del rey de Acolhuacan, vuelto á su corte,  
La adversa decision confirma el viejo.

Mas, en castigo, sepultado yace  
De su mansion bajo el caído techo,  
Que tan aciaga suerte correr suelen  
Quienes dicen verdades á los necios.

### III

#### *Enfermedad y muerte de Papántzin.*

En estos incidentes meditando  
Está, segun he dicho, Moctezuma,  
Cuando golpe mas fuerte y doloroso

Al corazon sus áulicos le anuncian.

La princesa Papántzin, fiel dechado  
De hermosura y bondad, hermana suya,  
Y del gobernador de Tlatelolco  
Que hace un año murió, triste viuda,

Presa de intensa fiebre, en su palacio  
Con ella á la sazón hállase en lucha,  
Por delirio fatal ora agitada,  
Cual tronco ya, sin movimiento y muda.

Saliendo el rey, junto á la ilustre enferma  
Se trasladó sin dilacion alguna,  
Que entrambos desde niños se tuvieron  
Cariño sin igual, adhesion mútua:

Y es tan discreta y hábil la princesa  
Que á veces el monarca la consulta,  
Y ella á regir el mexicano imperio  
Con talento clarísimo le ayuda.—

En vano los tesoros de la ciencia  
Botánicos y astrólogos apuran  
Por dar alivio á la paciente. En vano  
Acude al templo en numerosas turbas

El consternado pueblo, y allí ofrece

De tosca piedra á las deidades rudas  
Trasparente copal, preciadas aves  
De melodioso canto ó rica pluma.

Creciendo fué con la mortal dolencia  
De tan querido sér, la horrible angustia  
De parientes y amigos, y en sus brazos  
Rinde Papántzin ¡ay! el alma pura!

Quedó tendido en el caliente lecho  
Su material despojo; la faz mustia  
Conserva de la fiebre ardiente el rastro  
Cual agostada flor falta de lluvia.

Todos la dulce mano bienhechora  
Que llevó al pecho en las congojas últimas  
Acuden á besar, gemidos dando,  
Y el cadáver en lágrimas inundan.

—“Sabiduría y caridad con ella  
Desaparecen para siempre juntas,  
Y su pérdida es para mi reino  
De las calamidades la más dura.”

Esto el monarca entre sollozos dice,  
Y, besando de nuevo á la difunta,  
A México se vuelve y en su alcoba  
Éntrase á lamentar su desventura.

## IV

*Las exequias.*

Para significar que fué Papántzin  
De los menesterosos providencia,  
De Centeotl el traje la vistieron,  
Que es diosa del maíz y de la tierra.

Colgaron de sus labios un zarcillo  
Con esmeralda como pocas bella  
Que, cuando el cuerpo se convierta en polvo,  
Sirva de corazon á la princesa.

La faz le cubren, y, adornado el manto  
De tejido sutil con joyas régias  
De oro brillante y plata, es el cadáver  
Tendido luego en primorosa estera.

Domésticos y esclavos affigidos  
En su alcoba, turnándose, lo velan  
Tres días con sus noches, y solemnes  
Celebráronse al cuarto las exequias.

Sacerdotes, parientes, nobles, pueblo,

Tremolando estandartes y banderas,  
Y del rey Moctezuma presididos  
Cuyo rostro oscurece aguda pena,

Los restos llevan de la ilustre jóven  
Con grave pompa á subterránea cueva  
Que en los jardines del palacio mismo  
De Tlatelolco tiene entrada estrecha.

Al dejar el cadáver allí, mojan  
Con agua del estanque su cabeza,  
En *icpalli* lo sientan y le ponen  
A los lados vasijas de agua llenas,

Copia de comestibles, un techichi  
Que acompañe en sus viajes á la muerta,  
Y dibujados signos misteriosos  
Que la habrán de allanar todas las sendas.

Con ellos pasará sin riesgo alguno  
Entre dos altos montes que pelean;  
Por el camino angosto que defiende  
Sin dormirse un momento audaz culebra;

Por la márgen do habita el cocodrilo  
De sus dientes mostrando las hileras;  
Por los desiertos ocho donde el viento  
Conmueve las montañas gigantescas.

Mientras deberes tales allí cumplen  
 Los deudos con arreglo á sus creencias,  
 En lamentable voz los sacerdotes  
 El himno funeral cantan afuera.

Terminada la triste ceremonia,  
 Cubrióse al punto con labrada piedra  
 Ya dispuesta y de escasa pesadumbre,  
 Del subterráneo aquel la exigua puerta.

La multitud entonces se retira  
 Y hondo silencio en los jardines reina,  
 Y descoge la noche pavorosa  
 Sobre el mundo su manto de tinieblas.

## V

*Papel que una niña representa en esta historia.*

Sus rayos esparcía  
 Ya próximo al zenit el sol ardiente  
 En cielo azul y limpio al otro día,  
 Cuando del un extremo, al Occidente  
 Del jardín principal, donde habitaban  
 Domésticos y esclavos, tierna niña  
 Salió de su tugurio y, al halago

Del manso viento que refresca el lago  
 Y embalsama el olor de la campiña,  
 Adelantóse ufana  
 Entre las verdes plantas y arboleda.—  
 Del jiloxóchitl con astucia vana  
 Quiere asir la gentil borla de seda;  
 De su empeño desiste;  
 Corta y huella la flor que del leopardo  
 La piel manchada, al parecer, se viste;  
 Se aleja con temor del rudo cardo;  
 Del floripundio de oriental perfume  
 Agita las campánulas de armiño  
 Lanzando el cuerpo sobre el débil tronco;  
 Y, sus antojos sin poner á raya,  
 Con empuñado mimbres arrancar quiere  
 De la estendida mata que se adhiere  
 A la hendida pared, rubia papaya.

Con el gusto inefable  
 Que al ver que es libre y de sus pasos dueño  
 Y que cumplir su voluntad le es dable,  
 Todo vivace pequeñuelo siente,  
 Sin recelar el afectado ceño  
 De solícita madre ó fiel sirviente;  
 Esta de cinco abriles mariposa  
 Ora de flor en flor vaga afanosa  
 Y contempla su faz en clara fuente  
 Cuyo derrame en el jardín circula,

Ora pretende con tenaz empeño  
 La cancion recordar, que al fin modula,  
 Con que la arrullan por la noche el sueño.  
 Y de césped, que brilla  
 Con el rayo del sol, en ancha zona,  
 A semejanza de ágil cervatilla,  
 Trisca y salta y se tiende juguetona.

No distante del césped,  
 En escampado porque más resalte  
 El matiz primoroso de su esmalte  
 Que la esmeralda y el topacio afrenta,  
 Atrae á poco su atencion prolija  
 Rastrera lagartija  
 De que la niña apoderarse intenta.  
 Tímido el animal, huye haciendo alto  
 De añoso tronco en la raíz nudosa,  
 Y al ver que su enemiga codiciosa  
 Le sigue, torna á huir con sobresalto:  
 Corre á lo largo del jardin ameno,  
 Y del estanque al pié, cuya agua riza  
 El céfiro, se mete escurridiza  
 De oscura grieta al escondido seno.

Tarde llegó tras ella  
 En su inútil afan la criatura,  
 Y del estanque en la musgosa grada,  
 Mal ceñida la régia vestidura,

Serena como siempre la faz bella,  
 A la gentil Papántzin vió sentada.—  
 Incapaz todavía  
 De comprender la muerte ni lo raro  
 De tal vision, espanto no sentia:  
 A que se agrega que miró bañarse  
 Allí más de una vez á la señora,  
 Sin esclavas cual hoy, á aquesta hora;  
 Y en su infantil razon nada hay estraño  
 En que, si bien difunta y enterrada,  
 Sintióndose en la tumba acalorada,  
 Salga della á tomar de nuevo un baño.—  
 Con señal espresiva la princesa  
 La incita á que se acerque, y cuando acude  
 Solícita la niña, de recelo  
 Sin el menor asomo,  
 La dice en grata voz como del cielo:  
 “Llámame á la mujer del mayordomo.”  
 Al llevar su embajada,  
 Esta la respondió: — “¡Niña inocente!  
 La princesa está muerta y enterrada.”  
 Tírala del huepill la mensajera  
 En que salga insistiendo impertinente,  
 Y la buena mujer, casi enojada,  
 En ir con ella afuera  
 Solo por darla gusto al fin consiente.  
 Mas, no bien á Papántzin vió sentada,  
 Sintió cual si en sus venas convertida